

mundo». Esta es quizás la clave anecdótica del origen del libro de Craige, ya que es ella misma una de los más apasionados entre aquéllos. Sin embargo, el seguimiento que ha hecho Craige de la obra del artista catalán, sobre todo de la sección litográfica, no ha estado guiado por la adquisición y el disfrute personal de su arte, sino más bien por un espíritu generoso que ha buscado promoverlo y compartirlo. De allí que haya organizado visitas, presentaciones y exhibiciones para el Museo de la Universidad de Georgia, siendo por ahora el libro la culminación de esa tarea autoimpuesta como lógico camino de su admiración, la que puede ser también descrita como invitación para que otros entren en diálogo con la obra de Alvar.

El libro de Craige cumple varias funciones en una sola publicación. Es ante todo un «homenaje a un hombre maravilloso y a un artista fenomenal sin el cual la historia del arte contemporáneo no estaría completa». Un homenaje que en ningún momento sacrifica el rigor de las observaciones teórico-estéticas acerca del trabajo del artista, como por ejemplo todas aquéllas que dedica a definir y comentar la «imaginería» reiterativa presente en el conjunto litográfico, la que desde 1970 ha venido expresándose en el despliegue incesante de un puñado de imágenes rectoras. Por el contrario, en las páginas introductorias de Craige

se tiene una bien ponderada semblanza biográfica, una precisa contextualización histórico-artística de la obra de Alvar, junto a la síntesis de la unidad y multiplicidad de su proceso creativo —en el cual la etimología de la palabra litografía cobra todo su sentido (artesanal, cosa que Alvar pretende mantener viva)— y, por supuesto, al catálogo pormenorizado de sus obras en el género.

Su capítulo «Litógrafo» da detallada noticia de cómo Alvar comenzó en París y bajo la inspiración que le causó la obra de Marc Chagall —a quien no imita sino que sigue en el abandono de la «verosimilitud naturalista»— a producir una obra litográfica que con el correr de los años llegará a ser reconocida como «única», donde constantemente se encuentran «figuras [etéreas, en especial un rostro romanesco que representa la humanidad] flotando a través de un espacio delimitado por emblemas de la vida española: interiores domésticos, instrumentos musicales, fruteros, floreros, palomas, cielos de aldeanos». Todo esto en una atmósfera de «gozoso lirismo» —tal como lo precisara María Fortunata Prieto Barral al presentar a Alvar en 1970—, lo cual no le resta un cierto tipo de compromiso social que se da a partir de Alvar como creador. Por eso Craige vuelve a citar a Prieto Barral para puntualizar que hay que verlo «más como guardián de valores universales que

como un inconformista», que como, remarca Craige, «un iconoclasta o un revolucionario, tanto sea en su calidad de artista como de individuo». De allí que las páginas introductorias de este libro concluyen con unas tituladas «Guardián de valores universales», donde la autora enfatiza que la obra de Alvar se ha ido haciendo cada vez más una forma de «celebrar la vida, los valores y hábitos de la gente simple, el amor familiar, el compartir el pan y el vino, el placer de los sentidos, la alegría que traen la música y otras artes», todo lo cual se observa ya desde los títulos de las obras (por ejemplo: *Les Plaisirs de l'Esprit / Les Plaisirs de la Terre*) y en la composición plácida y placentera de los temas en sus sucesivas etapas de producción, en las que Alvar está siempre implicado hasta en los más pequeños detalles, ya que esta participación total es lo que el artista catalán defiende y ofrece con su trabajo.

En suma y para concluir con lo más importante: aparte de ser éste una necesaria (en inglés) y muy bien prolongada exhibición en libro y catálogo, selectivos por razones de espacio, de la obra litográfica completa de Alvar Suñol, quien ya en sus sesenta «goza de fama en el exterior [especialmente en los Estados Unidos] y afecto en su patria debido a sus logros en todas las artes que ha practicado», el libro de Betty Jean Craige es al mismo tiem-

po el testimonio de una amistad artística y de la pasión por una obra cuyo ángel la distingue.

Luis Correa-Díaz

El inquietante día de la vida, Abel Posse, Buenos Aires, Emecé, 2001, 263 pp.

En el marco de la Argentina depauperada y caótica de hoy en día no resulta nada fácil hacerse una idea de lo que fueron las oligarquías hispanoamericanas de finales del siglo XIX: riqueza, lujo, derroche y una ausencia de curiosidad por lo que pasaba en sus tierras, que contrastaba con el vivo interés que tenían por lo que ocurría en las grandes metrópolis ultramarinas del viejo mundo. El protagonista de *El inquietante día de la vida* de Abel Posse, pertenece a esa élite criolla de finales del siglo XIX que, de espaldas a su herencia mestiza, marcó los destinos del continente latinoamericano luego de su emancipación de España. Heredero del ingenio azucarero fundado por su padre en la provincia de Tucumán, Felipe Segundo es, con su rimbombante nombre de monarca destronado, un hombre destinado a perpetuar la tradición de un orden aristocrático y feudal, que ve en lo foráneo un modelo de perfección.

Con una prosa vívida y fluida, Abel Posse recrea los vaivenes de la sociedad argentina del momento. El comienzo de la llegada masiva de inmigrantes europeos a la región, los apasionados debates sobre la tradición, el desarrollo y la educación del pueblo protagonizados por Roca, Alberdi y Sarmiento, y, sobre todo, los rasgos más salientes de la mentalidad de la élite criolla, que detenta el poder, retratados por medio de Felipe Segundo y su familia –el autoritarismo, la intolerancia, la defensa de la sacrosanta religión y de la unidad de la familia, el desconocimiento de lo autóctono y el valor excesivo otorgado a lo europeo– forman parte de este fresco.

El sentimiento de rechazo hacia la tradición española, unido a la admiración que los criollos sentían por la cultura francesa, completa la caracterización que el escritor argentino realiza de la oligarquía criolla. El Club Monteagudo, fundado por Felipe Segundo, es el punto de reunión para los tucumanos afrancesados: en él sólo se habla en francés y se leen y comentan los libros que, desde París, les envían por encargo del protagonista. Entre los mismos destacan los de Víctor Hugo, Baudelaire y, sobre todo los de Rimbaud, cuya lectura será para Felipe como una revelación, como una invitación al viaje que alterará la existencia de este sereno aristócrata y cambiará su vida para siempre. El descubrimiento de la palabra luminosa de Rim-

baud aparece en la vida de Felipe al mismo tiempo que la huella de una siniestra enfermedad de la época, la tuberculosis, ante la cual el aristócrata se plantea dos posibles alternativas: la primera de ellas, aceptar medicarse y padecer el aislamiento al que son sometidos los tísicos; la segunda, vivir lo que le resta entregado a perseguir la estela luminosa de Rimbaud, opción por la que se termina decantando y que lo lleva a conducir sus pasos hasta París.

La utopía, motivo recurrente en la obra de Abel Posse, reaparece en *El inquietante día de la vida* en la figura de Arthur Rimbaud, *l'enfant terrible*, el bohemio por excelencia que se erigió contra la sociedad de su tiempo. La figura del poeta francés atrae, por tanto, a Felipe Segundo porque ve en él el símbolo de una rebeldía que llevaba adentro y que nunca se atrevió a manifestar. Este explica su interés por obtener noticias de Rimbaud en París, afán que le lleva a visitar a Verlaine y a un antiguo profesor del poeta, quienes le informan que Rimbaud está en Egipto ejerciendo como traficante de armas. Felipe, en un viaje que realiza el límite de sus fuerzas, con el único propósito de hallar a Rimbaud, recorre El Cairo y Alejandría, llegando incluso a descender por el Nilo y a adentrarse por el desierto.

En su búsqueda de Rimbaud, espejo anhelado de sí mismo, Felipe se desvanece y, por medio de sus amigos, es llevado nuevamente junto

a su familia tras un viaje que lo conduce primeramente a Francia para luego ser embarcado a la Argentina. Paralelamente Rimbaud, en la última fase del cáncer que lo acosa, pide volver a la granja de La Roche para morir junto a su madre. Ambos, poeta y hacendado, regresan a morir en el seno familiar. La utopía de la bohemia, llevada hasta sus últimas consecuencias por parte de Arthur Rimbaud y anhelada por Felipe Segundo, se juntan en *El inquietante día de la vida* como un fracaso más del hombre, de sus sueños de perfección y de libertad.

Inmaculada García Guadalupe

El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América, Louis Menand, traducción de Antonio Bonnano, Destino, Barcelona, 2002, 533 pp.

Lo sabemos hasta por ciertos mitos del cine: los Estados Unidos se refundan para la modernidad con la guerra civil. Muchos de sus intelectuales participaron en ella y, en cuanto al asunto del libro, adquirieron un par de fuertes convicciones: la certeza es bélica y la verdad es violenta. Si queremos vivir y pensar en paz, hemos de evitarlas o encararlas de modo que no entorpezcan la buena marcha convivencial.

A través de algunas obras señeras –Wendell Holmes, William James, Peirce, Dewey –el autor entabla un código de esta moderna *intelligensia* norteamericana: las ideas existen, pero no como entidades consolidadas y sustanciales, imperiosas en su objetiva realidad, sino como herramientas que los seres humanos utilizamos para resolver nuestro mundo social. Dependen de quienes las ejercen y del medio donde nacen y prosperan (o decaen). No han de malograrse convertidas en ideologías, en fundamentos inamovibles del orden o en justificaciones trascendentes de la sociedad.

Irónicamente, algunos de estos pensadores fundaron en enero de 1872 el Club Metafísico. En efecto, nada parece menos metafísico que esta línea de pensamiento que se reclama de cierta tradicional y característica actitud filosófica anglosajona: el escepticismo de Hume y el utilitarismo de Stuart Mill, por ejemplo. Si hay que desconfiar de nuestras convicciones porque pueden ser erróneas; si hay que pensar con independencia del Estado, las iglesias y las corporaciones académicas, participando y, a la vez, evitando perderse en ese perpetuo tráfigo convulso llamado capitalismo, nada puede reclamar la metafísica para su dominio. Simplemente, las ideas se legitiman por su capacidad para adaptarse, por su eficacia dinámica, y no por su carácter de inmutables. Por decirlo orteguianamente: por su encarna-